

**Carlos
Sampelayo**

ESTA era la consigna que en los primeros meses del exilio republicano de América circulaba entre los españoles, una masa ingente que iba llegando a México en barcos portugueses —los “Sinaia”, “Serpa Pinto”, “Ouanza”— o de otras nacionalidades —“Winnipeg”, “Cuba”, “Ipanema”, “México”— fletados por el archigeneroso gobierno mexicano para llevar a su país a todos los derrotados que lo quisieran, y nacionalizarlos en ocho días

si lo quisieran también, a fin de que tuvieran una personalidad jurídica y civil por el mundo.

Hay que empezar por México en este repaso o recuerdo de la España fugitiva en la posguerra, porque México, con esas manos abiertas fue el país que más derrotados albergó. Las cifras flúctuan, según qué investigadores, entre la desproporción de 160 mil a 15 mil. Me inclino a creer más en la cercanía de la primera por cuanto el español nuevo se encontraba en todas partes del extenso país, en aquellos años 40 de nuestra posguerra.

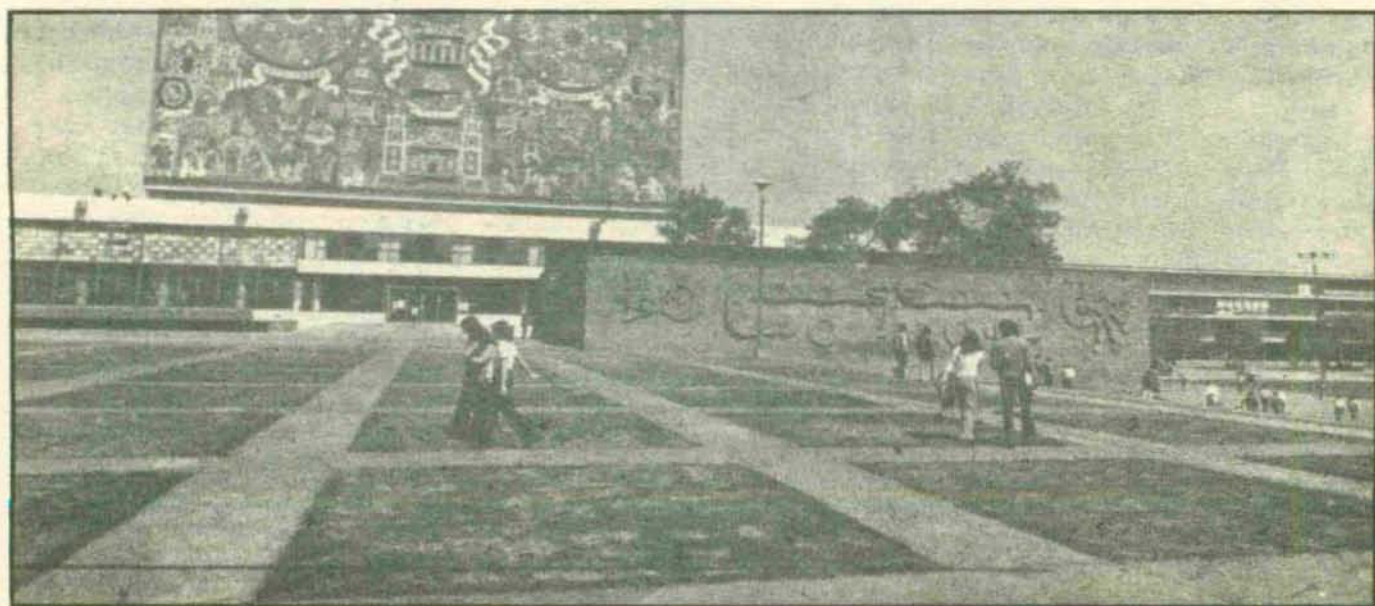
Naturalmente, las condiciones de entrada y asentamiento fueron muy distintas en los diferentes países americanos. Mientras México abría las Universidades, los periódicos, las fábricas a los refugiados, según su extracción social, otros países con posibilidades de vida y trabajo, como Colombia, Venezuela, Argentina, Chile, ponían “pegas” a veces insal-

vables, para entrar. Había que echar mano de la influencia, de la claudicación o del soborno.

LA CALLE DE ALCALA

Cuba era accesible para quienes tenían familias reclamantes, las familias más cercanas en la antigüedad. Pero en Cuba no había ni una peseta por ganar aquellos años del segundo golpe batistiano, cuando “Batista se disfrazó de Batista” y se presentó en el cuartel de Columbia para desbaratar la intentona que se cernía sobre él.

Así la verdadera posguerra de los españoles huídos, sus efectos, se pasaron en México. Para esparcir la masa y controlarla mejor, el gobierno Cárdenas daba toda clase de facilidades al que quisiera cultivar la tierra, ofreciendo grandes precios en el Estado de Chihuahua, al norte del país. La JARE (Junta de Ayuda a los Republi-



Ciudad Universitaria de México, en cuya construcción colaboraron arquitectos españoles del exilio republicano.

exilio de América:

“Juan Tercero”



Félix Gordón Ordás, uno de los jefes del Gobierno republicano español en el exilio.

canos Españoles) controlada por Indalecio Prieto tra el teje-maneje del barco “Vita” (antiguo “Giralda” de Alfonso XIII) hizo una recomendación con acentos dictatoriales, una casi disposición de que todos los refugiados se fueran a Chihuahua, pero ninguno le hizo caso. Todos querían vivir en el Distrito Federal, en la misma ciudad de México, por los cafés, por las cantinas (tabernas), por los centros políticos o sindicales, contándose sus casos.

En Colombia, país de vida difícil, yo quería ir a México por recuperar el ambiente, en los últimos meses del 39. Mi amigo y compañero Capuz me lo quería quitar de la cabeza:

—No, hombre, no; no vayas a México. Aquello parecerá ahora la calle de Alcalá. Te encontrarás a las mismas gentes, con los mismos rencores y partidismos, no habrá trabajo para todos...

En efecto, era “la calle de Alcalá”. Por la avenida Juárez

se encontraba uno a todos los conocidos, como si no hubiese salido de Madrid, y había partidismo y rencores... y comida. Unos a otros se echaban la culpa de haber perdido la guerra; el rechinar de dientes se notaba. “Si yo tiro de la manta...” No había mantas de que tirar porque todos tenían la suya.

Ha habido refugiados españoles en México que se han pasado la prolongada vida de la posguerra en el país sin dar golpe. Viviendo a trancas y barrancas, claro, pero planchándose el traje todos los días bajo los colchones, y pidiendo pitillos a los amigos, pero sin trabajar y sin que los moleste nadie, sin documentación incluso, diciendo todos los años: “En enero, Juan Tercero”. Porque el primer año, desde mayo hasta diciembre lo creía todo el mundo a pie juntillas. Más luego, todos los años, la frase se decía en cachondeo.

LA TORRE DE BABEL

Decía un juez de Murcia, inteligentísimo y humorista, dos cosas afines:

—A mí me liberó Franco.

Y tanto. Había dejado en España a una señorita de provincias, de familia reaccionaria, que le echaba una bronca al marido cada noche que volvía del casino habiendo perdido al “poker”. No cuando había ganado. En el exilio nadie le impedía ni le pedía cuentas cuando jugaba al poker, que era todas las noches que conseguía algún dinero. Y no tenía que juzgar ni condenar. La “dolce vita” del exilio.

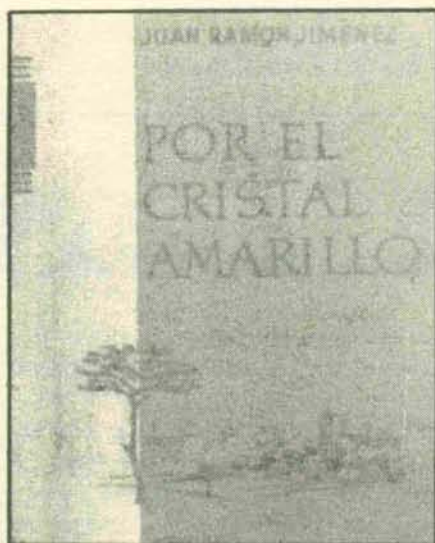
Si no se confundían todas las lenguas, porque no había más que una, grande y libre, nuestra posguerra en América, confundió todos los quehaceres. Todas las actividades y aficiones, los proyectos, las suposiciones. Se acabó el porvenir. El labriego se hizo escritor y el escritor



Pablo Casals, uno de los epígonos de la postguerra española en América, charla aquí con los artistas caribeños de una exposición pictórica en Puerto Rico.

labriego. El militar comerciante. El abogado actor de teatro. La meretriz se convirtió en gran señora y la gran señora fregó platos en las tabernas. El rico fue pobre y el pobre poderoso. El poeta vendía vinos. El policía era corredor de medicinas. El periodista vendía leche. Hubo unos años en que una gran mayoría de españoles refugiados vendía varilla *corrugada* para la construcción. Un país en gestación constante como México necesitaba construir, y aquel producto era de venta fácil a comisión. Todo el mundo hispano hablaba de varilla *corrugada*. Era una lata.

Al principio los mexicanos se alborotaron y hubo altercados y encuentros como en los partidos de fútbol. Los españoles venían a quitarles el pan. Poco a poco se fueron calmando los ánimos y estalló la convivencia. Había para todos. El humorista



"Por el cristal amarillo", uno de los libros de Juan Ramón Jiménez escritos en la postguerra, desde su refugio de Puerto Rico.

Antoniorrobles decía: "Los mexicanos ¡no pasarán!" Y el caricaturista Ernesto Guasp dijo una vez: "Lo malo de este país, es el el que busca trabajo lo encuentra."

"GACHUPINES" Y "REFUGACHOS"

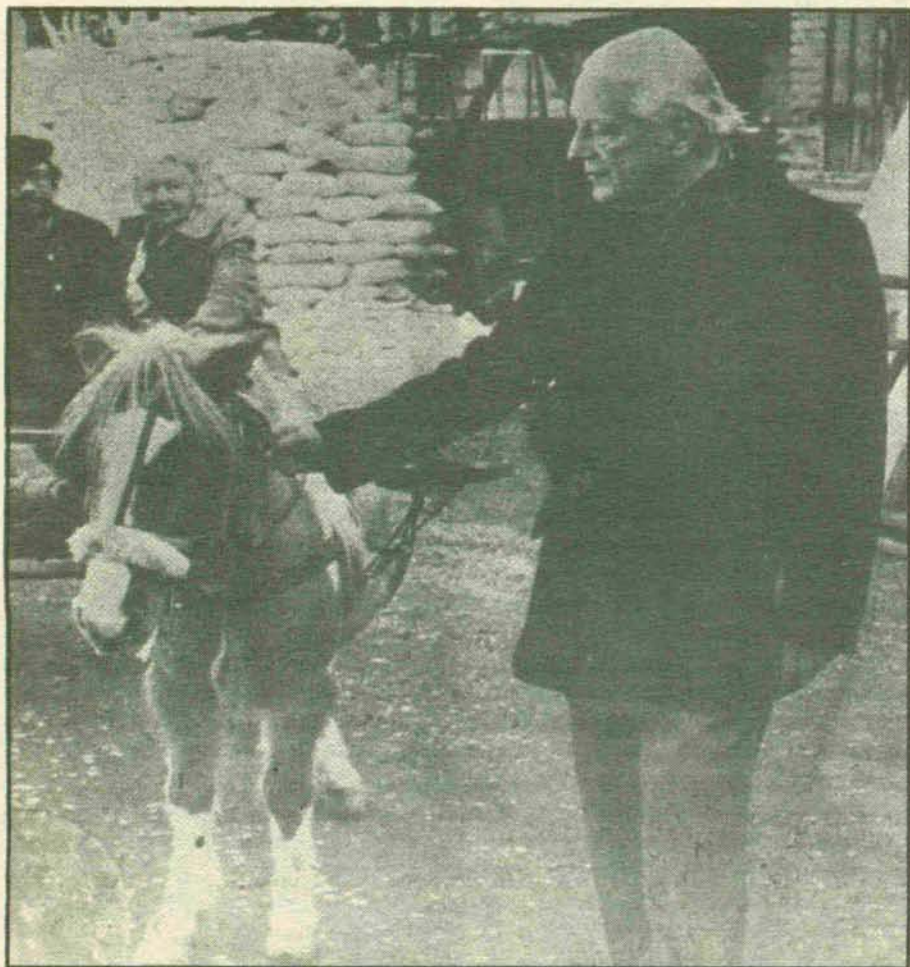
Si digo que en veinte años de exilio americano no he visto un refugiado español como tal obrero —albañil, carpintero, metalúrgico, minero— no exagero nada. Quizá la mayoría de la emigración forzosa la constituyó el elemento más o menos intelectual o de profesiones liberales. Es verdad que en toda vida de refugiado hispano en América se ha pasado algunos días aislados sin comer o comiendo poco —dos, tres— pero siempre había algo a que agarrarse, o una ayuda generosa, sin necesidad de abandonar la corbata y el traje planchado.

Aguantar el machismo del mexicano que como revancha a la invasión hacía elogios de Franco y de los otros dictadores europeos, en presencia de los *refugachos*, como nos llamaban, incitaba a la sonrisa y la sorpresa con lo bien y lo libre que se podía uno mover en aquella tierra inagotable.

Sin embargo, no se llamen a engaño. Aquellos tiempos de nuestra posguerra en México han pasado con mucho, aunque para otra emigración forzosa española, para la segunda diáspora todavía hay sitio.

Cuenta *Tisner* (Avelí Artis-Gener) tan magnífico escritor como agudo dibujante, que algunas veces había hecho quitar a fuerza de persuasión, la banderita de la cruz gamada, a algún automovilista mexicano. Sólo tenía que decirles que los alemanes habían hundido al petrolero de México *Potrero de Llano* para que desapareciera del coche la enseña ominosa (1). El Patriotismo sobre todo. Pero la mayoría de las veces el *patrioterismo*.

Aquellas inquinas se habían unido a los celos y aires triunfalistas de la Honorable Colonia Española —llamada así por



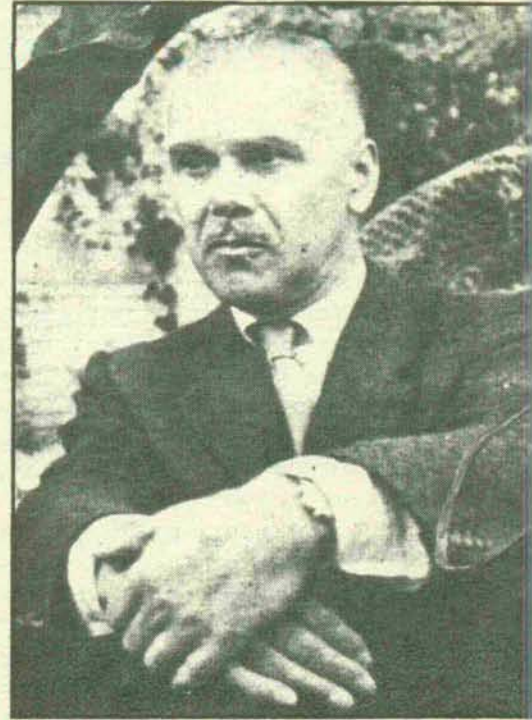
Alberti durante su postguerra en Italia. Al fondo su compañera, la otra gran exiliada, María Teresa León.

(1) Avelí Artis-Gener, "La diáspora republicana". Plaza & Janes, Barcelona 1978.

el gobierno mexicano— de los españoles viejos, los “gachupines” —llamados así a su vez por el pueblo— que habían dejado el terruño cuarenta años antes huyendo del servicio militar y ahora de ancianos eran millonarios. Ellos eran los que representaban paradójicamente a la España de Franco, los proveedores de dinero y barcos llenos de chamarras, zapatos, vituallas para el ejército llamado impropriamente nacionalista. Pero los “gachupines” comenzaron a buscar trabajadores entre los refugiados o “refugachos” por aquello de la mano de obra más apta y responsable y por encontrar esposos para sus hijas y nietas que tuvieran sangre española total. Este complejo de raza propició el braguetazo de algunos refugiados jóvenes y menos jóvenes que se dejaron querer sin darse cuenta de que aquello no era “hacer la América” sino unirse al yugo... con flechas. Y abandonaron el matrimonio a poco de consumado, importándoles *madre* (para decirlo en mexicano) la moral católica y la otra, pues a los suegros no había quien les sacara un centavo. Naturalmente, por eso eran millonarios.

LA “SEGUNDA VUELTA”

Debo recalcar que la mayoría de los refugiados de posguerra no pensaban en enriquecerse en América. Pensaban en volver, y volver si no triunfantes del todo, con el enemigo derrotado —“en enero Juan Tercero”— y a ser posible pidiendo cuentas. “Tiene que haber segunda vuelta”, decían algunos comparando la guerra con un campeonato de fútbol. Esperaban la hora de la venganza y sólo pensaban en subsistir hasta entonces. «Yo no he venido a América de *gachupín*, por voluntad propia, me han traído. He venido por no ir a la cárcel o al paredón», se oía decir también. Y no había ninguno que por crítica o consecuencia no conllevara el sentimiento político en las venas, la discusión o la marcha de la militancia política... todavía. Dejar un momento la maleta de los muestrarios para acudir a la *tenida* o a la reunión de célula o al Centro Ibero-Americano de la calle Carranza donde se alojaba la CNT, era como una obligación moral para el abogado o simplemente para el alegre ocioso. Continuaba abierta la espita ideológica; no se podía

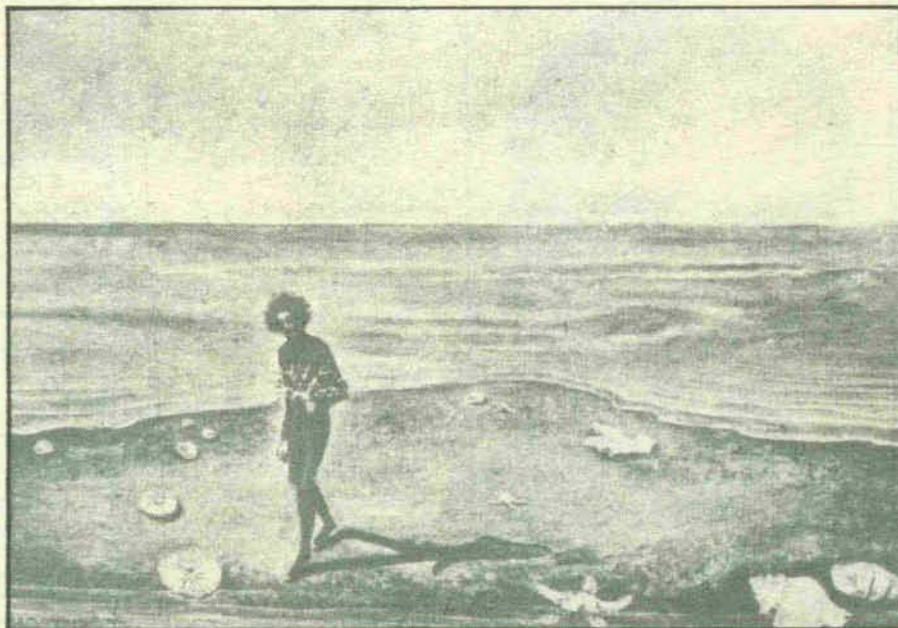


Otro poeta “del éxodo y el llanto”, Luis Cernuda, desembarcó en EE.UU. y México durante la postguerra, como en una nube...

remediar. Y vencía el compañerismo después del rechinar de dientes.

NO ESTAN TODOS LOS QUE SON

Muy poco se ha hablado en la España recuperadora del movimiento intelectual y artístico del exilio en la posguerra. Muy poco. Se han recuperado —o descubierto— a Sánchez Albornoz o Max Aub, desorbitando los valores, porque en el franquismo había muy pocos. En cambio no se ha hablado por desconocimiento de novelistas y ensayistas como Simón Otaola o Alvarito Albornoz —cada cual su estilo— un humorista hijo de don Alvaro —de cuyos libros en el destierro tampoco se ha hablado— y a quienes Luis G. Berlanga definió en una entrevista como el inventor del humorismo español de nuestra época. Quizá una opinión desproporcionada, pero no del todo injusta. Alvarito —designación amistosa obligada por determinante de su personalidad— había publicado en España inmediata-



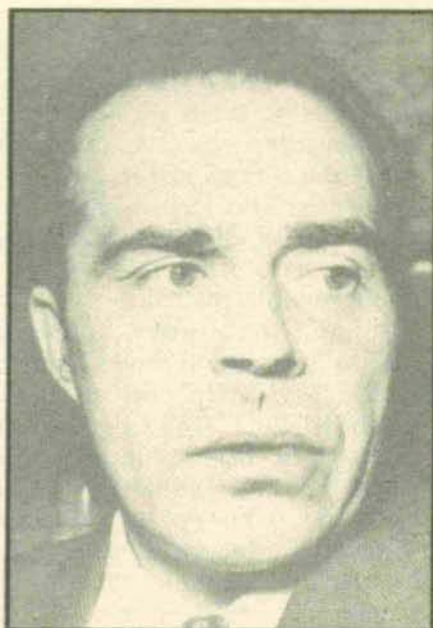
“Yo y mi Sombra Angulo Recto, yo y mi Sombra Libro Abierto”. Oleo sobre masonite de la pintora Paloma Altolaguirre, hija del poeta de la generación del 27 y de la poetisa Concha Méndez, del mismo grupo. Paloma llegó a Cuba con sus padres en el 39. Uno de aquellos alevines que pronto se revelaron como estupendos artistas.

mente antes de la guerra, dos novelas de las que nadie se acuerda porque el horno no estaba para bollos, pero que fueron comidilla de mediatizados cotarros literarios: "Doña Pabla" y "Vampireso español". Durante la guerra publicó un delicioso libro de cuentos, "Matarile", cada uno dedicado a un amigo, y en la posguerra una novela titulada "Las niñas, los niños y mi perra", y varios tomos de "Revoleras", libros inesperados. Libros para gente con imaginación: Proust, Ramón, Schwob, Sterne, Quevedo. Otaola ha publicado en México unos diez o doce ensayos y novelas. Para mí los mejores "Los tordos en el Pirul", "En el lugar ese..." y "El hijo de la chingada". Antonio Ros "Los ciegos de la Biblia" y otros muchos, escritores y poetas desconocidos prácticamente para la España que no se movió, y cuya enumeración sería problemática para tan poco espacio.

No hablemos, porque no podemos tampoco por la misma causa, de la obra plástica en el exilio posguerriano. Aparte Renau el andariego — otros redescubierto sin embargo— Climent, Antonio Rodríguez Luna, un cordobés a quien alguien ha comprado con Goya, Espert, Ramón Peinado, Guasp, Salvador Bartolozzi, el *Tisner* antes mencionado... Había que poner asimismo el etcétera por no alargarse en el espacio disponible y en el propósito.

En el arte de la ficción esplendió desde el primer momento la madrileña Ofelia Guilmain, que de la mano de Benito Cibrián —un actor ya conocido anteriormente en España— debutó en el Bellas Artes de México ha poco de llegar, como *amateur*, y ha llegado a configurarse como la mejor actriz dramática del teatro que se hace hoy en aquel país.

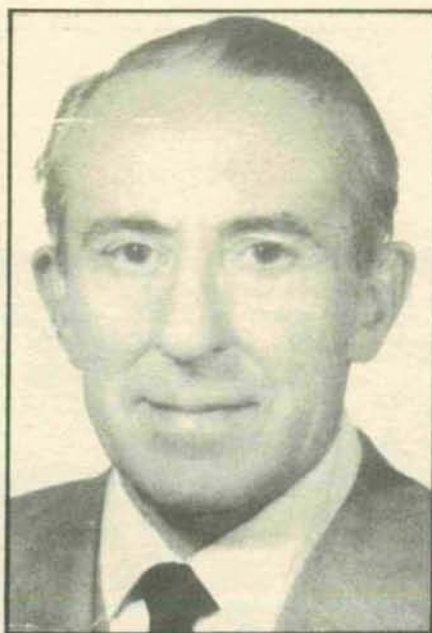
En el periodismo Ricardo del Río, subdirector del colosal diario "Novedades"; Octavio Alba, dirige después de varias



Juan Rejano, poeta y periodista, cordobés de España. Como poeta alcanzó gran consideración en la postguerra sufrida en México. Como periodista realizó una de las más bellas revistas literarias: "Romance".

brillantes actividades en el ramo, un periódico de los más leídos día a día en el mismo país: "Cine Mundial". Y Luis Suárez, que ha llegado a jefaturar la gran revista "Siempre!" y publicar varios libros de reportajes resonantes.

En Buenos Aires, los periodistas españoles de la posguerra



Alvaro de Albornoz y Salas, sorprendente humorista escritor, que publicó varios libros en la postguerra, durante el exilio en América. Humorista de ley, a lo Ramón, a lo Quevedo...

reanudaron sus actividades profesionales a renglón seguido: Manuel Fontdevila, que había sido el director de "Heraldo de Madrid", Juan González Olmedilla, Mariano Perla, Ramón Sampelayo, Clemente Cimorra, Francisco Madrid, Carlos Rodríguez... Menos el último, todos fallecidos ya. También ha muerto Eduardo Borrás, que dejó el periodismo por el teatro con un último gran éxito: "La cigarra no es un bicho". Y Gerardo Ribas, que siguió sus mismos pasos hasta en el punto final.

Aunque no están todos, imposible dejar en el bolígrafo a Manuel D. Benavides, autor de "El último pirata del Mediterráneo", ácida biografía de Juan March, y libros en el exilio concernientes a nuestra guerra como "La escuadra la mandan los cabos", el mayor éxito y difusión.

LA AÑORANZA

—Como me lo hacían a mi en Albacete...— empezaba siempre el profesor Navarro negando con la cabeza la excelencia de un arroz abanda, cocinado a la alta escuela gastronómica del Prendes, el restaurant español de más fama en México.

Era el espejismo de la añoranza, que acometió a todos sin excepción en los primeros días, y aún años, de la posguerra en el exilio.

—Estoy que me "pinchan"— decía un boticario de Badajoz al ver a un caraqueño jugar con una cuchara voladora en una terraza nocturna de la plaza Bolívar.

Estaba que "lo pinchaban". No sabía donde ir. Ya no le importaban los horribles motivos que le habían hecho saltar de España. Estaba dispuesto a afrontar la cárcel, la "pepa" incluso, mejor que recapacitar y sentirse a gusto en ambiente libre y emprender un trabajo sin penas.

O:



Enrique Loubet, otro magnifico periodista español hecho en la postguerra del exilio.

nos Aires— no me va usted a decir que este *churrasco* que nos estamos comiendo se lo hacian mejor en Albacete...

—Sí... No está mal, pero la verdad, a mí la carne, como...

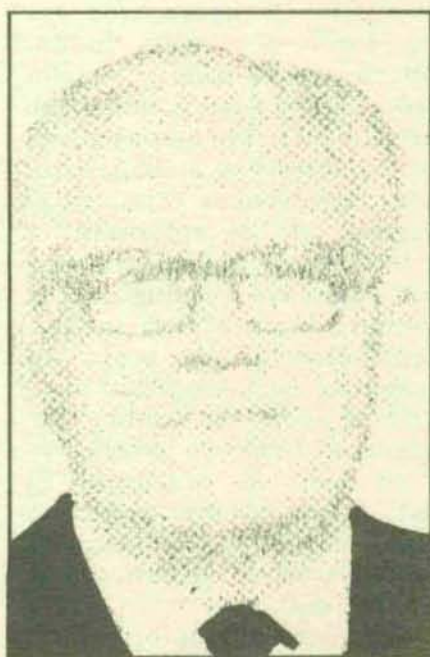
—¡Basta!

El profe Navarro saltaba de un país a otro. Todos saltábamos de un país a otro, buscando algo que nos disipara la añoranza. Y la verdad es que sólo lo conseguimos en ese México en que al final nos confundimos con aquel pueblo que al principio nos había recibido con hostilidad.

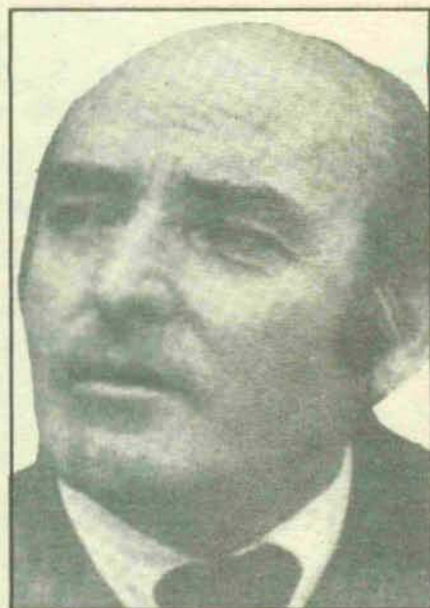
LOS ARQUITECTOS Y LOS MEDICOS.

Me remito otra vez a *Tisner*:

«Claro está que el generalizado deseo de volver era más agudo en los primeros tiempos de exilio: después, a medida que transcurrieron lustros y décadas, la gente empezó a sospechar que lo del retorno no se había hecho para su generación y, lógicamente, miraron con más insistencia el negocio familiar que no el cerro de maletas apiladas en el *closet*, el armario empotrado, en espera de aquella feha que jamás llegaría.»



Antonio López Fernández, ayudante del general Miaja en la guerra civil, montó en México un negocio editorial durante la postguerra.



Luis Suarez, un gran periodista español hecho en la postguerra del exilio, redactor jefe de la revista "¡Siempre!".

—Me habeis hecho desgraciado sacándome de España— clamaba también Gabriel Trillas Blazquez, director de "Las Noticias" de Barcelona, que seguramente hubiera pagado con la vida su militancia comunista.

Habíamos hecho lo indecible, lo milagroso, por haberlo llevado hasta Colombia, donde en Bogotá se hizo rico con el tiempo, siempre llorando y suspirando por las Ramblas, que habían presidido la infancia y la juventud suyas. Nunca había salido de España.

Hasta entonces no pudo calibrar la falta de espíritu del español de su época. Reflexionaba yo en aquellos conquistadores precursores y llegaba a la conclusión lógica. Casi todos eran fugados de presidio que preferían las torturas del sol a las de la inquisición. Y también —pobres ingenuos republicanos— creían que la venganza fascista española no iba a ser tan dura. Una vez más se perfilaba la división del alma hispánica en dos calidades opuestas.

Y... "en enero Juan Tercero", o "como me lo hacian a mí en Albacete..."

—Pero, hombre de Dios —le dijo en Buenos Aires don Angel Ossorio y Gallardo en una comida de 14 de abril en Bue-

Sí; el "enero Juan Tercero" fue apagando su consecuencia. Ya daba vergüenza repetirlo.

Y se fue produciendo la simbiosis y tanto el puerto de Veracruz en México, como los edificios de Luis Lacasa en Moscú —buen apellido para un arquitecto— fueron construidos por españoles refugiados, y se laboró con acento paternalista en muchos. Había que situarse al principio, conforme se iba perdiendo la esperanza de volver de pronto. Había que ponerse a trabajar.

Aparte los arquitectos, no se sabe porque la emigración republicana fue tan copiosa en médicos. Quizá porque la mayoría eran socialistas. Algunos regresaron pronto a España y lo pasaron mal, pero la mayoría decidieron desde el primer momento quedarse en América fiados en que su profesión es necesaria en cualquier meridiano y llegaron a establecerse. Hoy han muerto muchos allí.

A Colombia, Venezuela y México fueron a parar la mayoría de ellos; pero donde mejor se desarrollaron fue en México, que no les exigía someterse a una reválida del título profesional.

La medicina y cirugía españolas siempre habían tenido un gran prestigio en las Repúblicas



En esta foto de una boda principesca en París, vemos a la derecha y casi de espaldas a Fernando Martínez Dorrien, que había sido presidente de la Junta de Compras para el Ejército de la República Española durante la guerra y que al final fué a pasar la postguerra a Colombia viviendo como un potentado.

hispanoamericanas, y los médicos fueron recibidos por la población doliente con una esperanza que tenía mucho de sugestión malinchista. Tanto que los numerosos médicos autóctonos preveían una desigual competencia, y en algunos países de escasa población se tomaron medidas al respecto, para evitar que en la capital acaparasen la clientela los refugiados españoles.

Pero ellos llegaban en son de paz, ajenos a aquella sugestión por una parte y a los recelos por otra que habían despertado, y se encontraron por ejemplo en Bogotá, con una campaña de Prensa hostil y discriminatoria.

LOS NUEVOS CONQUISTADORES

Me ocurrió un caso relacionado indirectamente con esta pugna. Yo vivía en casa del periodista también español Miguel Capuz —muerto en Barcelona hace unos años— que tenía tres hijos de corta edad. La criada era madre de un niño de dos con el que habitaba su cuarto en la casa, un piso interior de reducidas proporciones. La mañana de un domingo el niño amaneció muy enfermo.

Llamamos a un médico particular y nos dijo que la enfermedad era sarampión y que convenía ingresar al pequeño en el Hospital Infantil para que no se contagiara los otros que había en la casa.

La criada subió a un taxi que le proporcionamos, y con el niño en los brazos llegó al Hospital Infantil, donde no se lo admitieron alegando que era domingo y los domingos no se admitían enfermos.

Cuando la madre, que era una joven y tímida indita, regresó con su niño y aquella razón en los brazos, a mí me pareció ésta tan monstruosa que me presté a acompañarla para que volviera otra vez al hospital con el enfermito, y pude comprobar que era verdad: como era domingo no le querían admitir al hijo, incluso reconociendo que tenía un sarampión bastante avanzado.

Hablé con el médico de guardia tratando de hacerle ver la sinrazón de la razón. El médico, un hombre joven de rasgos europeos, me escuchó con una sonrisa sarcástica, y al final me dijo:

- Es usted español, ¿no?
- Sí.
- ¿Refugiado?
- Sí.

—Y, ¿no sabe que ya se acabó la época de los conquistadores?

Caí en la cuenta. Eso era lo que nos creían a los que huíamos de España: conquistadores, como nuestros antepasados, los padres de los conquistados.

En Venezuela, el miedo a los médicos en la segunda mitad del 39 y primera del 40, tenía otro cariz. A Venezuela fueron más médicos que a Colombia, entre ellos el ilustre dermatólogo catedrático de la Facultad de Madrid, doctor Sánchez Covisa. ¡Lástima que haya por ahí un *facha* con los mismos apellidos!

No reaccionó aquella docta población médica como la colombiana en los primeros momentos. Covisa fue recibido con toda reverencia, así como otros médicos de menos categoría y fama, y todos ellos, acogiéndose a las leyes liberales del país, se establecieron y adquirieron en seguida clientela. Sobre todo el que acabo de nombrar, considerado en justicia verdadera eminencia. En sus consultas había cola, y los clientes acudían de distintos puntos de la nación como los peregrinos a La Meca. A pesar de todo, en esto intervenía en gran parte la sugestión de que antes hemos hablado, ya que en Caracas, donde ocurrió el caso,



Margarita Xirgu, símbolo de la postguerra española en América

hay y había muy buenos médicos venezolanos.

Cobrar consulta en Bolívars, moneda que entonces estaba a 3'20 por \$, era un negocio muy productivo aún dado el nivel de vida cara de Venezuela. Covisa se contenía un poco, quizá avergonzado de ganar el dinero tan fácilmente.

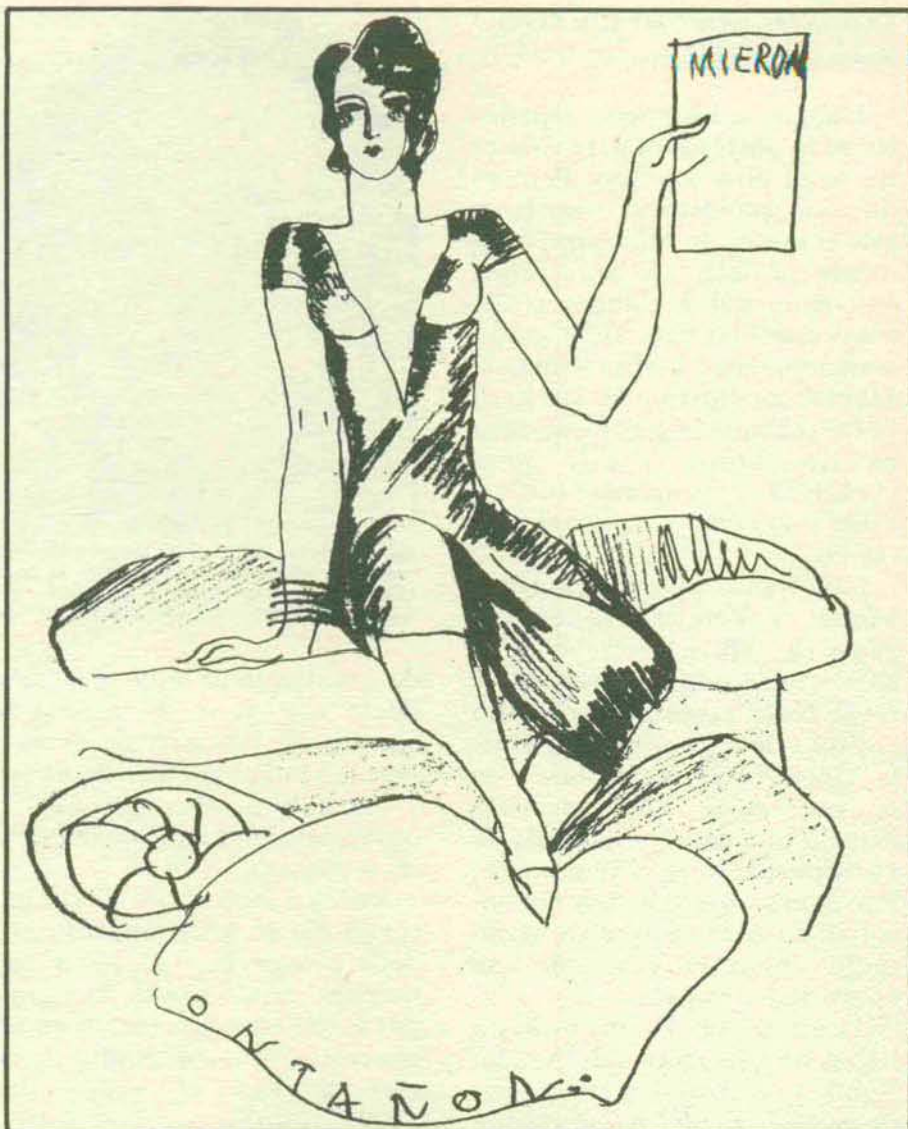
LA SEGUNDA CONQUISTA

De pronto surgió allí también el instinto defensivo y apareció una disposición ministerial obligando a los médicos extranjeros a someterse a un ejercicio de reválida como requisito para ejercer la profesión. Covisa en realidad se resistía a ejercer ante el run-run de protestas despertadas.

No pasó por las armas de la reválida. Era un hombre de una timidez y una discreción absolutas. No quería ninguna susceptibilidad ni exponerse a reprobación; interferirse en los intereses de hombres que habían estudiado su misma carrera. Le dolían las reservas mentales que pudiera haber en torno a su persona. Desdeñaba el dinero que se le ofrecía pródigo y honorífico por su ciencia. El no había ido a "hacer la América"; había llegado a aquellos confines por otras causas lejanas de su voluntad. Pero era médico y tenía una misión ineludible ante el dolor. Además era preciso ganar lo necesario para vivir. Lo necesario. Eso le dió la clave de su conducta. Nada más ni nada menos que lo necesario.

Fue una decisión irrevocable que tranquilizó su conciencia y libró de escrúpulos su ética profesional. El doctor Sánchez Covisa anunció que sólo atendería cinco consultas diarias a 50 bolívares cada una. Era lo necesario para vivir, sin que nadie le pudiera echar en cara que le quitaba el trabajo a los demás.

Limitarse a ganar 250 bolívares diarios constituía un sacrificio, no lo duden ustedes; nor-



Dibujo de Santiago Ontañón — inédito — quién resolvió su postguerra en Buenos Aires como escenógrafo de Margarita Xirgu, y en Perú como director de un teatro oficial.

que aquel hombre, si hubiera querido habría podido atender veinte consultas diarias y cobrarlas mucho más caras.

Otros médicos conocidos que arribaron a Venezuela en exilio fueron los hermanos Martín Antonio, uno de los cuales, fallecido allí, había sido diputado radical-socialista en las legislativas republicanas. Estos se fueron a ejercer al interior del país, donde había mucha malaria y pocos médicos, y se ganaba bastante más dinero que en Caracas todos los que decidían irse a los Estados estaban exentos de la reválida. Lo que quiere decir que lo único que temían los profesionales venezolanos era la competencia en la zona privilegiada de Caracas.

La perspectiva de irse al interior les atemorizaba a algunos de los que se fueron. Es el temor español a lo desconocido, que luego nos resulta tan familiar.

Y así fue. Una segunda ola colonizadora, bordada sobre fondo de riqueza como en la primera llamada de la Conquista.

En México no hubo problema. Los médicos, como los abogados, podían ejercer libremente con sólo mostrar un título de una Universidad española. Al descargar allí la emigración masiva dió proporcionalmente el mayor número de médicos también; pues como todos sabemos la entrada en México era más fácil que en ningún otro país de América.

LOS POETAS "DEL EXODO Y EL LLANTO"

Hablar de los poetas españoles en la postguerra del exilio es un tema muy manido. Pero es un tema que debo consignar en este resumen lo más completamente posible. De entre ellos conviene citar a algunos cuyas trayectorias han sido poco mencionadas: Pedro Salinas. Muerto en Boston en 1951, su obra, acabada la guerra, se cifra en tres libros. *Poesía junta* (1942). *El contemplado* (1947) y *Todo más claro y otros poemas* (1949)

Un buen poeta catalán, Miguel y Vergues, recién llegado a México creyó que comenzaba una nueva vida, y revalidó la carrera obteniendo el título de doctor en Letras de la Universidad Autónoma, en la que unos años después explicó una cátedra llamada de Independencia Mexicana. Pocos eruditos podrían encontrarse en México que supieran tanto como él sabía de esa época independentista.

Juan José Domenchina había sido secretario de Azaña. Publicó en América tres libros de poesía: *Exul Umbra* (1948), *Perpetuo arraigo* y *La sombra desterrada* (1950). Estaba casado con Ernestina de Champurcin, también poeta o poetisa. Al emigrar, se encontró el matrimonio con que ninguno



Rafael Banquells, primer actor y director teatral y empresario, para quien la postguerra le hizo encontrar en el exilio mexicano su definitiva consagración artística.

de los dos tenía una profesión de la que vivir. El poseía la carrera de maestro de escuela pero no la había ejercido nunca y andaban desorientados, pasándolo mal con sólo la poesía a cuestas.

Pedro Garfias: Publicó cuatro libros en los primeros años de la posguerra. Tan buen tipo humano como poeta, sus amigos le tuvieron que recluir en un sanatorio de esos donde dicen que quitan el vicio del alcoholismo.

¿Qué de que vivía? Es más fácil explicar de que bebía, pues al "trago" estaba invitado siempre. Todo lo más que le costaba era recitar de vez en cuando una poesía propia. La

vida, lo que se llama la vida, aunque los flamencos no coman, ya es más difícil. *Poesías de la guerra española* (1942), *De soledad y otros pesares* (1948).

Emilio Prados. Emigrado también de los del 39, estuvo en Francia y Suiza antes de situarse definitivamente en la tierra argentina para dedicarse a trabajos editoriales. La licenciatura de Filosofía y Letras también le sirvió a Prados para defenderse económicamente allí. Asimismo una revista literaria bonaerense llevaba su marchamo inconfundible. Estrechó más sus relaciones con Alberti hasta en el sufrimiento político. Con Manuel Altolaguirre —su paisano— que se quedó en la Habana y fundó una editorial que fue un fracaso—, tuvo Prados alguna correspondencia al principio, y proyectos comunes, que se fueron dispersando en la turbulencia de la vida del primero.

Juan Rejano, poeta puro llegó a México con el oleaje humano que llevó el "Sinaia". Presentó un proyecto de revista literaria —"Romance"— en una editorial y le fue aceptando. Juan Ramón Jiménez dijo en una entrevista que aquella publicación era lo mejor que se había hecho en esa materia por los refugiados españoles en América.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

Cuando acabó la guerra, Enrique Diez-Canedo, miembro de la Real Academia Española, era embajador en la Argentina. Hombre sencillo y realista, mitad por mitad de poeta y crítico, reunió al personal de la Embajada y le habló claramente:

—Señores —dijo—. Les aconsejo que cada uno de ustedes tome el rumbo que les dicten sus ideas o sus sentimientos. Yo he acabado mi misión, y paso a ser sólo un amigo de todos. El que se quiera marchar a España puede hacerlo. Que



En la postguerra española en América, se revela asimismo una dramaturga de gran fuerza intelectual, Maruxa Vilalta, llegada a México de niña, con sus padres. En la foto una escena de su farsa trágica, "Esta noche juntos, amándonos tanto", centenaria en representaciones.

nadie se considere ligado por ningún compromiso con mi actitud, de la misma manera que yo considero lógica y natural y la respeto profundamente, la actitud que engendre el sentimiento político de cualquiera de ustedes. Les estoy muy agradecido a todos por sus servicios prestados.

Después de este "speech", Canedo lió sus bártulos para marcharse a México. Estaba dispuesto a acompañarlo el primer secretario de la Embajada, Oños de Plandolit. Pero a este fue a visitarlo un padre jesuita poco antes de la partida, hablaron largamente, y después, Oños se excusó ante Canedo, y se fue a España.

Sólo cinco años más de vida le quedaban a aquel excepcional escritor, crítico y poeta. Murió en México el 44, a los 65 años de edad, sin ocuparse ya de nada, escondido y casi ignorado. Parecía más viejo, tanto por su actividad reatraída como por su semblante, coronado por escasa cabellera completamente blanca.

Lo mató la labor dura, irremediable, poco dúctil, del exilio. Si en lugar de México se hubiera ido a Francia, se habría destacado más su personalidad, porque allí le es más difícil rechazar homenajes a un extranjero capaz de mostrarle al país sus propios valores olvidados. Este era el caso de Canedo. Pero Francia no estaba entonces para ser refugio de intelectuales.

La última vez que le vi fue en un restaurant modesto, sentado frente a una taza de "consomé". Yo hice como "que el no me había visto", para evitarle el embarazo de saludarme. ¡Qué sección de comentarios habría hecho el crítico en esos años finales, si algún diario mexicano se hubiera dado cuenta de que el poeta, cuando es buen poeta, es un estúpido periodista, capaz de adaptarse a la noticia viva de cada día con más emoción que nadie!

Le acompañaba su hijo, espíritu creador y emprendedor —a

diferencia en lo segundo del padre— donde se ha engarzado el talento de éste que se fue a la eternidad a seguir leyendo.

EL ESCENOGRAFO FONTANALS

Este es el caso de un hombre que en plena guerra se fue a México acompañado al elenco teatral de Josefina Díaz y Manuel Collado —el primer Collado— con el autor Alejandro Casona.

Fontanals llegó a México en un momento propicio para el mercado cinematográfico de aquel país.

Una juventud de esfuerzo y amarguras fue compensada al fin en la posguerra mexicana, al comenzar la lucha por la vida, con un matrimonio feliz contraído con una hija de la condesa de Subervielle, destacada dama de la aristocracia francesa, que tantos miembros tiene radicados en México.

De su esposa decía Fontanals:

—Encontré esa mujer que sólo se encuentra en las novelas optimistas.

Y era verdad. El tópico de la mujer ideal se desarrolló en este caso. La mujer del artista que sabe entenderle, y lo que es más

difícil aún interpretar sus gustos.

Aprovechando una vieja finca cortesiana de Coyoacán, Manuel Fontanals reconstruyó una hermosa casa con potrero y jardín, de amplias salas decoradas al buen gusto clásico, sobrio, colonial; pero de un colonial sin florituras, severo y cómodo, como las casas de aquel pueblo fundado por Hernán Cortés, que recuerdan la claridad de los patios y las estancias extrañas.

Su primer trabajo en México fue presentar una comedia de Casona para debut de la compañía Díaz-Collado. La empresa estaba parca de dinero y Fontanals le daba vueltas a su magin para que todo saliese lo más barato posible. En el comedor del hotel donde se hospedaban había sobre las mesas unas tarjetas describiendo el "menú", muy originales, en las que campeaba un raro dibujo de tipo cubista. Manolo pensó que aquellas tarjetas diseminadas por el telón de fondo del decorado de la obra produciría un efecto de gran impresión desde el público. Sólo les faltaba algo así como un redondel en el centro para producir incluso una sensación de relieve. Y, de pronto... ¡ah, pues allí estaba el



José Baviera, otro de los actores españoles que triunfaron durante la posguerra en América, aparece aquí, a la derecha, interpretando la obra de Luis G. Basuto "Con la frente en el polvo", quien aparece a la izquierda encarnando a uno de los personajes.

efecto completo! Agarró el tapón corcholata de la botella de cerveza y la colocó en el centro de la tarjeta. Justo. Manolo pidió al "Maitre" unas cuantas tarjetas del "menú" y se llenó los bolsillos de tapones corcholatas. Clavó estos sobre aquellas en el telón que figuraba a pared frontal del escenario, y cuando Casona entró en la sala antes de comenzar el ensayo general, se quedó asombrado:

—Eres un artista, Manolo. ¡Qué bonito está eso!

—¿Verdad?

—¡Magnífico!

—Pues no ha costado ni un céntimo.

—¿Por qué?

—Sube y lo verás...

Casona subió al escenario, y al ver de lo que se trataba torció el gesto. Cambió por completo su entusiasmo:

—No, no Manolo. Esto no puede ser.

—¿Cómo? Pero, no te gustaba tanto desde las butacas? ¿Se nota desde el público lo que es?

—No, pero... Yo no puedo permitir que una obra mía se presente así... con estas miserias...

Josefina Díaz y Manolo Collado se pusieron tristes. ¡Con el poco dinero que tenían y lo barato que les había salido aquello! Y Fontanals, rojo de ira, se encaró a Casona:

—¿Sabes lo que pasa? —le dijo. —Que tu eres de profesión maestro de escuela, y eso... ¡se paga!

AUTORES VARADOS

Muchos autores teatrales republicanos emigrados en América tuvieron que dedicarse también a otros menesteres que, unas veces se derivaban de la profesión autoral y otras divergían por completo. También los había que tuvieron que dedicarse al santo ocio por falta de adaptación, o simplemente de posibilidades de trabajo. En la Argentina murió a poco Jacinto Grau, el hombre que



Lorenzo de Rodas, un primer actor surgiendo en México con fuerza y talento, llegó al país de niño, como tantos otros. Fruto de la postguerra en el exilio.

cargo siempre con el sambenito de su "jettatura". En Chile vivió al principio sus alegres días Joaquín Montero, de la escuela vernácula catalana, en compañía de su yerno "Amichatis", también autor.

A México los autores españoles llegaron, naturalmente, en mayor número: Leandro Blanco, Alfonso Lepana, Magda Donato, León Felipe, Alfredo Muñiz, el maestro Penella, José L. Mayral, Arturo Mori, Eduardo Ugarte, Víctor Mora, Avelino Artis —padre de "Tisner"— y algunos otros en receso.

A Cuba llegaron dos autores olvidados, Fernando de la Milla, sevillano, y Enrique López Alarcón, malagueño. Este comenzó a vivir en La Habana mal pagado, redac-



Luis Buñuel reafirma su calidad en la postguerra en América.

tando una página diaria de un periódico, dedicada a España y las cosas españolas. La Universidad le rindió homenaje publicado en limitada edición de lujo un tomo con doce sonetos suyos, que el fue enviado a los amigos de diferentes países, en dedicatoria de afecto. Aunque lo pasaba muy mal económicamente, si alguien le dijo:

—¿Por qué regalas ese libro tan primoroso? Si lo vendieras sacarías algo con que remediarte...

El, contestó:

—¿Cómo voy a vender una cosa que no me ha costado nada?

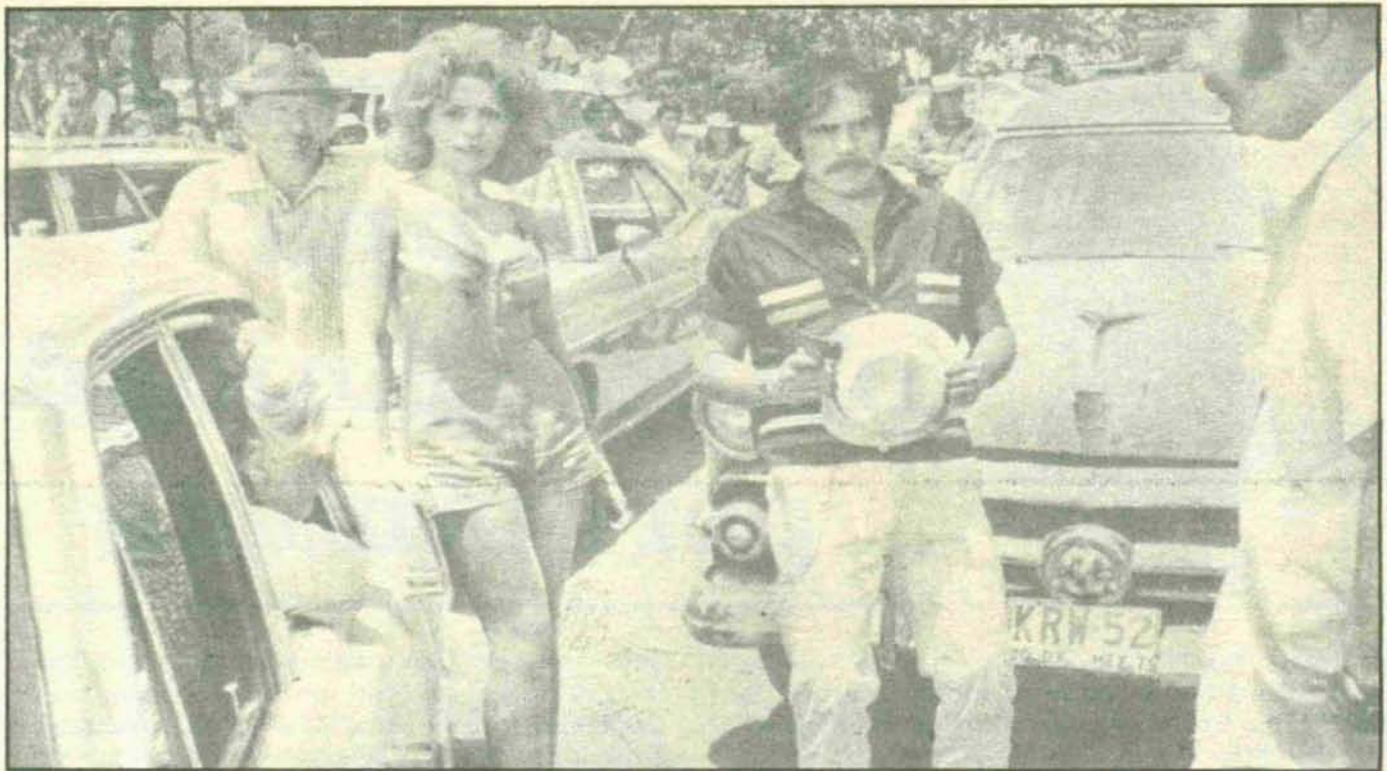
En aquel periódico habanero arremetió contra todos los españoles derrotados por haber hecho tan mal la guerra: republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas. Esto le creó en torno una cierta ojeriza y le aisló de aquel cotarro que al principio de la emigración se extendía por todos los países de América.

Lo corriente en los "indianos", me atrevo a decir que lo natural, es que envíen dinero a sus familias en España, como consecuencia de la facilidad que supone —o mejor suponía— ganarlo allí. Pero la profesión ya impecune del poeta se agrava en América por el exceso de competencia. A López Alarcón le mandaba algún dinero su madre desde Málaga, para ayudarle a subsistir. Pasaba angustias en aquella ciudad de españoles inmensamente ricos, ante los que él era "inmensamente pobre".

REMEDIOS HEROICOS

Prieto, al llegar, se fue a vivir a un hotelito de la avenida de Nuevo León donde recibía a un grupo de amigos. Comenzó escribiendo artículos para el diario "Excelsior", la revista "Siempre!" y algún otro periódico.

Se decía que don Inda era accionista de las dos publicaciones mencionadas o de una de



Un fotograma de "Mecánica Nacional" una de las películas de Luis Alcoriza, gran director sucesor de Buñuel, que aprendió el oficio en la postguerra.

ellas, "Excelsior". La verdad era que la forma de vivir de aquel hombre no suponía precisamente la de ser accionista de cualquier empresa.

Cuando Prieto llegó a México, navegaba viento en popa hacia ese hermoso país el yate de recreo denominado entonces "Vita". Quizá sea reiterativo contar la historia, pero es una historia de inmediata posguerra y es periodístico contarla aquí.

El "Vita" iba pilotado por un comandante de navío apellidado Ordorica, al mando de un comisario político que se llamaba —se llamaba porque se murió mucho antes que Prieto— Vicente Puente Abuín, y llevaba, además de una exigua tripulación, un importante cargamento de alhajas y otras cosas de valor, camuflado en latas de galletas de diversos tamaños, y consignado al Dr. don Juan Negrín, quien tenía sus representantes en el puerto de Veracruz, con autorizaciones en regla para hacerse cargo del valioso botín.

La discordia entre Prieto y Negrín se volvió pelea en París una vez terminada la guerra,

durante una reunión en que si no se tiraron los trastos a la cabeza fue porque no había trastos a mano. Prieto se fue a México. El otro se quedó en París. Y cuando el "Vita" navegaba con viento favorable alguien le dio el "chivatazo" al primero, con todo género de detalles.

La astucia, la sagacidad, el conocimiento de la mayoría de

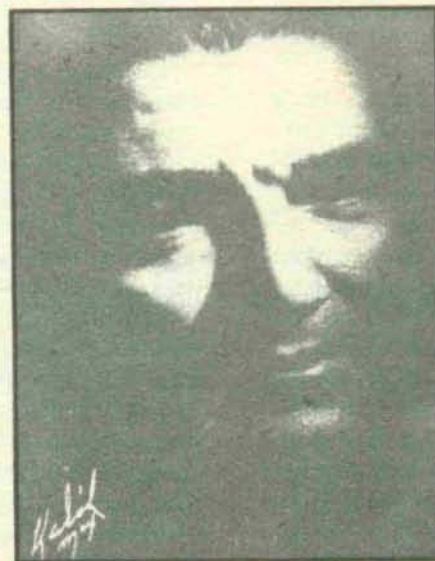
sus gentes, siempre fueron características relevantes de don Inda; y haciendo uso de ellas, puso un radiograma al "Vita" en alta mar, ofreciendo a Vicente Puente Abuín 100.000 pesos mexicanos si cambiaba la dirección y consignación del barco.

Por consiguiente, en las latas se borró el nombre de "Don Juan Negrín" y la consignación "Veracruz", escribiéndose sobre estas palabras, otras que decían respectivamente: "Sr. Indalecio Prieto y Tuero", "Acapulco".

En Veracruz quedaron sentados esperando el barco los representantes de Negrín.

La descarga se hizo sin dificultad en Acapulco, desde el barco a un camión que esperaba en el pequeño muelle de Icacos, de acuerdo con los aduaneros, que en el país mexicano suelen ser liberales, y contra lo que digan algunas gentes, muy poco interesados.

Las obras benéficas en favor de los refugiados españoles con tal tesoro fueron numerosas, hasta que al gobierno de México se le ocurrió incautarse del sobrante. ■ C. S.



Para el pelotari Guillermo Amuchastegui, la postguerra fué encumbrarse al n.º 1 del "Jai-Alai" en los frontones de La Habana, México, Miami y Shanghai.